



Los avatares del socialismo español

Danilo TRELLES, corresponsal

Aunque el conflicto del gobierno socialista español con las fuerzas sindicales que integran su propio partido, hayan tenido su punto crítico con las gigantescas manifestaciones obreras realizadas por UGT hace unos días y apoyadas por comisiones obreras, marcando el nivel más alto de una tensión que puede estallar con el paro general que ahora se anuncia, no puede desconocerse que los orígenes de este proceso de deterioro arracan desde más atrás y se encadenan desde el mismo momento en que Felipe González y su equipo elaboran una política que precipita el peso de la crisis sobre las grandes masas populares y beneficia con el señuelo de un relanzamiento económico —los intereses de los grandes empresarios, con los consorcios bancarios y de las multinacionales, que comenzarán a invadir el país atraídas por las fabulosas concesiones que el gobierno español les ofrece.

Como todo esto tiene una lógica, no resultan extrañas las actitudes del gobierno en favor de la permanencia en la OTAN que les abrirá las puertas de la Comunidad Económica Europea, la imposición de un programa de reconversión industrial que no tiene en cuenta las condiciones reales de la crisis y que decreta un aumento vertiginoso de la desocupación que alcanzará seguramente el 25 por ciento de la población útil hacia fines de este año. Por si fuera poco se aplican medidas restrictivas de la seguridad social y un sistema de imposiciones fiscales que se asimilan absolutamente con las adoptadas recientemente por la Administración Reagan, con lo cual el gobierno socialista español estaría aplicando las fórmulas más ortodoxas de la economía conservadora. A todo esto todavía debería agregarse la posición contemporizadora con el Departamento de Estado norteamericano ante la aplicación por éste de una política de fuerza en Centroamérica.

Todos estos elementos indican la voluntad del gobierno socialista español de marchar por cauces ajenos a la doctrina que los identifica ideológicamente.

“Se está acabando la vinculación del gobierno socialista con la sociedad española”, declaraba hace unos días el diputado Pablo Castellano, líder de la Izquierda Socialista y responsable de las críticas más duras a las posturas que ha venido adoptando su propio partido.

Resulta muy difícil analizar con cierta seriedad una política cuya característica fundamental ha sido la incoherencia y la volubilidad y a veces se siente la tentación de creer que todo se ordena así premeditadamente, siguiendo una línea que Felipe González ha pergeñado para su política de relaciones internacionales según la cual, afirma, es necesario adaptarse cada día a las nuevas situaciones, siguiendo una conducta que él califica de pragmática, sin ningún rigor de principios.

Así por ejemplo el anunciado referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN ha pasado muchas veces a través de sus palabras, de tener un carácter vinculante, obligando al gobierno español de retirarse de la organización atlántica en caso de una votación negativa, para dejar de serlo al otro día ya que para él se trataría de un mero acto consultivo, que no lo obliga a nada, ya que se siente apoyado por el respaldo masivo que logró en las urnas. Se olvida por supuesto que él prometió salirse de la OTAN cuando obtuvo esa alta votación.

Lo mismo ocurre con el programa económico que ha cambiado de impostación tres veces durante este gobierno y que ha pasado a ser un feudo privado del ministro Boyer, sin que nadie se atreva a recordarle los compromisos que asumieron los socialistas durante la campaña electoral.

Idénticos problemas se plantean con la política que ha venido realizando el ministro del Interior, José Barrionuevo que se apoya, como decíamos en una nota anterior, no en los cuadros del partido que quieren renovar el sistema, sino en los aparatos policiales franquistas que si-

guen actuando con una vocación represiva anclada en un pasado reciente.

En su análisis crítico de esta situación Pablo Castellano afirmaba durante una reunión de Izquierda Socialista que “ni un ejército, ni una policía, ni una judicatura pueden llevar adelante una política dirigida al cambio con el entorpecimiento de quienes, amparados en ecalafones, harán todos los días lo preciso para prefabricar el fracaso de nuestra acción política”.

Por estas razones el conflicto partido-gobierno, que ha venido planteándose desde los comienzos de la nueva administración socialista, se agudizan aún más por este protagonismo que han asumido los distintos ministerios.

El conflicto sindical, que acaba de estallar en estos días, completa un cuadro preocupante por cuanto el gobierno parece aferrado a una posición de encrespar el enfrentamiento con actitudes que aceleran la ruptura.

El secretario general de UGT, Nicolás Redondo, afirmaba hace unos días que existe una embestida neo-liberal y del corporativismo de los altos cargos de la administración y criticaba con singular dureza la política económica del gobierno por “excesiva y descompensada”. Adjudicaba la responsabilidad al Ejecutivo y no sólo a los empresarios, de los cerca de 3 millones de parados que existen hoy: “El empeño de los gobiernos, e incluyó en ellos sin ninguna duda al gobierno socialista, en forzar los excedentes empresariales, así como una desaceleración salarial excesiva, ha provocado una caída del consumo y ha conducido en gran medida a la destrucción de empleo que padecemos”. “Muchas veces —agregó Redondo— parece que el gobierno actúa por mandato divino y que sus decisiones son dogmas de fe”.

Felipe González ha tratado de explicar esta contradicción que se establece entre la estrategia que se practica y los principios socialistas, afirmando que el partido no puede ser una entelequia aferrada a ciertas concepciones ortodoxas, sino una estructura flexible empeñada en aplicar las mejores soluciones, no importa quiénes hayan sido sus inspiradores, ni la escuela de donde provengan.

Si a través de las soluciones elegidas se hubieran logrado resultados positivos, la argumentación del jefe de gobierno estaría suficientemente avalada e incluso es posible que la gran masa socialista perdonara sus omisiones doctrinales. Pero la verdad es que ha pasado todo lo contrario. Se han incrementado las ganancias de los empresarios pero no se ha incentivado la industria, se ha obligado a que los sindicatos congelen sus reivindicaciones salariales y el paro continúa creciendo, se han multiplicado los dividendos de los consorcios bancarios y el relanzamiento financiero continúa estancado, han proliferado las genuflexiones ante Washington y éste se empeña en no escuchar los llamados para reducir los efectivos militares radicados en las bases.

Los conflictos en el seno del partido han comenzado a tomar cuerpo sin que la actitud prepotente de los dirigentes arbitre fórmulas para resolverlos. Ante la posibilidad de que los diputados electos con el apoyo de UGT no otorgaran sus votos para sanción de la ley de pensiones y jubilaciones, acudió Alfonso Guerra con una sentencia draconiana: “El que se mueva no sale en la foto”, que, aunque resolvió momentáneamente el problema, recuerda mucho las sentencias de Mussolini.

A todo esto y ante las perspectivas de unas elecciones legislativas anticipadas —que pueden ser un buen pretexto para postergar el referéndum— mucha gente se pregunta cuál será el programa que agitarán los socialistas en el caso de que se produzca esta convocatoria.

No parece que este problema preocupe mucho a los dirigentes del PSOE actualmente. Lo que sí puede asegurarse es que, como acontece con ciertas películas, resulte inevitable acudir a cierta frase de presentación habitual, en la sentencia: “Cualquier similitud con el socialismo resulta pura coincidencia”.